

SUPREMACIAS DE QUEVEDO

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA



Inauguramos con este artículo la colaboración, en las páginas de la REVISTA NACIONAL DE EDUCACION, de Ramón Gómez de la Serna, una de las más insignes figuras de la literatura contemporánea. Ramón, espíritu genial, inteligencia vivaz y luminosa, nos envía con su artículo el anuncio de su llegada a España después de trece años de ausencia.

El mundo de las letras españolas está de enhorabuena y se apresta con júbilo a recibir al que, en nuestra Patria, ha sabido ser maestro insuperable de la gracia y del ingenio literarios. A esa fiesta espiritual que significará en España el regreso de Ramón Gómez de la Serna nos unimos nosotros, saludando aquel arribo con una bienvenida emocionada de admiración antigua hacia el prodigioso escritor, honor de nuestras letras.

LO que tiene de poderoso Quevedo es que está visible en él la anatomía bigotuda y de tendones rojos trenzados a manera de cabrias, insertado el corazón entre ese cordaje crudo como la pequeña bota de vino y sangre que cordaliza al caballero y le hace vivir gracias al trago isócrono y largo de la circulación.

¡La anatomía del ser humano cabal pasa frente a nosotros!

¡Va sudando sangre y dice palabrotas! ¡Es el hombre que se ha adelantado a que le desuellen! ¡Viva D. Francisco de Quevedo!

Y toda la chiquillería le pide ochavos como a un padrino de boda perpetuo, y sin ser viudo aún, solterón y sátrapa, parece un viudo que se casa un día sí y otro no con una niña y merece por eso esa encerrada que le secunda al pasar.

La obsesión de Quevedo, odre humano, enamorado del anonimaje que es el vivir, era sentir que tenía carátula de Quevedo para la posteridad, cosa de por sí abrumadora, como llevar superpuesta una máscara para muchos carnavales que le abultaba como una erisipela, resguardándole el rostro de aire y nadería, encubriendo su puro afán de vivir sin nombre, empellonando al viento.

Ese sentirse molde de máscara para innumerables Febreros le tenía consternado y turulato.

—Eres Quevedo.

—No hay Quevedo.

—Tendrás que sufrir ser Quevedo.

—No quiero ser Quevedo.

—Entonces, ¿quién eres?

—Soy el hombre sin nombre, el escribano de la Nada que, ya que voy a ser nada, más que nada quiero ejercitar esa sabiduría de lo que más seré siendo Nadie... Yo Nadie... Nadie más que yo.

Le excitaban los demás, ansiosos de que soltase una pulla.

Don Francisco se había prometido resistirse, pero incurría en la sátira sobre lo que iba sucediendo, porque como él se

decía: «Si no cumplimos con ese deber de sinceridad, ¿para qué hemos vivido?»

Madrid entero es un tirar de la lengua del que la tiene larga y Quevedo se podía hacer una corbata con la suya.

«Si no juzgamos bien y en libertad —se dice el madrileño—, no podremos ostentar esa magistratura callejera, que tanta dignidad nos da, y seremos igual que deshonrados que viven impunes. ¡Eso no puede ser! Madrid es poner a cada cual en su sitio, pase lo que pase, diga lo que diga.»

Quevedo oía y decía sin encomendarse a Dios ni al diablo.

Nos llenamos la boca con Quevedo, pero él responde a ese prestigio con un ululato.

¿Os conformáis con el ululato? Hay que conformarse, porque, con todo—o con tan poco—, Quevedo es el viviente universal, el que da a los tiempos la respuesta desvergonzada y auténtica.

Apenas dijo en realidad nada, pero lo que dijo es lo que repercute como la verdadera respuesta a las absurdas preguntas pedantes.

Quevedo es la sombra que grita, el moscardón que acogota, el hombrazo que rompe la mansitud de la población y sus pobladores.

Quevedo era pozo del abismo, notario de lo notorio, respondedor a las llamadas al único sereno de día que había en su tiempo, guindilla de la noche, tasador de sombras y pasos.

Sin que se pudiese nadie fiar de él, era el fiador máximo, y pasó a los otros tiempos como el único que salía fiador de una aprensión, de una sospecha, de un quitame allá esas pa-

jas, revelando que se había vuelto la esquina cuando nadie corroboraba esa exactitud.

Quevedo respondía siempre, porque Quevedo es Quevedo, el que vedó a los abstraccionistas que la realidad dejase de ser realidad, sustanciosa torrija pringosa de miel para que no se olviden de ella los dedos, para que no dude de ella el comistrón.

—Sí, fui yo—dice Quevedo—. Yo lo vi como vosotros... Nos querían suprimir antes de ser suprimidos por la muerte. No vein lo real.

—Me habéis tomado por otro—solía decir también Quevedo a sus seguidores—, pero también soy ese otro por el que me habéis tomado. Soy la única yerra ardiente que toma el hombre y os señalaré con el nombre a fuego de Quevedo, porque todos los demás os dejan sin señalar. Agarraros a mi mano y os pasaré de una acera a otra del tiempo, como el único padre que os protegió contra la nonada de la vida.

Quevedo era un pecador, pero se arrepentía en seguida, y su predicación moral era eficaz porque se apoyaba en los ecos de la muerte y en el arco de su Juicio Final.

No pretendió Quevedo eso que se ha pretendido en otros tiempos y que ahora parece resucitar, y que es la abolición del bien, y que gracias a que un vicio sea universal, Dios restifique el sentido del vicio y en vista del plebiscito lo convierta en virtud. ¡La revocación de los vicios por votación!

Quevedo vuelve a pecar, pero siempre sabe que el pecado es el pecado y que sólo la increíble benevolencia de Dios, que por mejor nombre lleva el de «Misericordioso», puede tolerar.

Quevedo pensaba—lo que todo madrileño—que le habían procreado para decir la verdad, para tener «arremetida» mientras durase la vida.

Ganarse la vida para gallear como gallo negro—la cresta era representada por la orden colorada o por una pluma roja en el sombrero—, entreviendo y persiguiendo las intrigas de la vida y las vueltas y revueltas de su celestinismo.

Quevedo emprendió con sus pasos de alicate—agarrando con su andar la cordera huída—que el ocio más o menos hambriento es la succulencia del destino. Para trabajar estaba el rey, sus ministros y sus menestrales.

A lo más nació para juez, pero como todo español había presentado a tiempo su dimisión.

Quevedo, por un don especial de testigo abandonado a la supervivencia, pasó de un tiempo a otro para propalar esta gran verdad de la identidad de todos los tiempos y por eso se ríe tanto cuando alguien quiere suponer que no son idénticos.

—Suba su merced en un avión—le dice el que cree que ya le ha pillado en renuncio.

—¿Para qué? Me sobraba la velocidad de la carroza y lo único que no quiero ser es «carbonizado».

Apenas le leían un folleto, unos versos o una anécdota, y así había de seguir siendo el hombre con suerte—la mayor suerte del escritor—que no le leyesen sus libros.

Mejor le fué así y mejor le hubiera ido si los anotadores no le hubiesen leído engrosando y emplomando sus cuatro mamómetros.

El nació, vivió y murió para no ser apenas leído, sino sos-

pechado, sacado de puntos, alargado, rafagueado, sumergido—más que ahogado—en el agua del río pasante, trascurriente y siempre, por fenómeno inexplicable e inaudito, mirando desde el fondo del agua, desenfajado en ella de su faja interminable, con los ojos vivos y mirones siempre.

A su obra le basta estar infundida por invocación, brotando entera al evocar su nombre, sólo al encender la linterna quevedesca.

Llegar a tener esa facultad supercreadora de Quevedo, sin amanerarse, sin artificarse, sin el rápido término de las obras que tienen su fin a lo poco o lo mucho—siempre poco—de estarlas leyendo, ésa es una condición eximia mientras suenan sus pasos en la escalera.

Los sueños de Quevedo, repetidos en impresiones constantes, ya se sabe que son medio apócrifos, y no porque él no los escribiera, sino porque son sólo un borrador de sus sueños reformados y recreados según pasa el tiempo, cada día de los días que se suceden, cada vez mejores y brotando más del subconsciente.

Los que creen en Quevedo sobre todas las cosas y sin atenerse a sus textos, saben que Quevedo firma los sueños descomunales que ni siquiera se atreven a aparecer en la hora de estar durmiendo, los sueños que vamos a tener cuando en el cráneo vacío sólo esté oculta la sombra de la verdadera soñación.

Decir Quevedo es decir: Llegó el apostador y el tinajero del espíritu, el que trae el remedio de la muerte como un arrope de vino y otras finas hierbas, el cartero de la carta que siem-

pre se quiso recibir y nunca se recibió, el notario para el testamento del pie izquierdo, el que dice «adelante con ese pensamiento» sin pararse a pensar si el pensamiento ha nacido o no en la cabeza del estimulado por sus palabras, el mayordomo de quien sólo es modesto criado de la vida, el baúl con figura humana lleno de chalecos contra el dolor de riñones y otros muchos dolores que no consuela la lectura.

—¡Ah, Quevedo!—dice el admirador o la admiradora de esas cosas de Quevedo, que es el doctor que acude a los desahuciados que los otros médicos se retrasan para ver si se muere sin tenerles que hacer la última obligada visita.

—Sí, sí... Quevedo... No hay nadie como él.

¿Y por qué se dice eso con ese aprecio?

Porque Quevedo ayuda a resolver la incógnita de lo que hay entre cuero cabelludo y cráneo, siendo el unguento negro que cura la cabezota.

—¡Quevedo! ¡Quevedo!—grita la Virgen, que sabe en su fuero interno que se va a morir sin enmaridarse—. ¡Que me traigan a Quevedo!

Quevedo no pudo escribir lo que sugiere su nombre único, con su «Que» independiente y su «vedo» resolutivo, todo él enema de lo convencional que se agarra como un estreñimiento inempujable desde que se nació.

Quevedo es, por lo tanto, lo que pudo escribir, lo que pasa por debajo del puente como lectura de agua corriente y sin fin.

Esta realidad tozuda de Quevedo es la verdadera realidad, creyente en Dios como la cruz que con su sangre lleva escrita en la capa.

Conversador de calaverillas, testifica que eso que se ha dicho mal está bien y añade un jopo, un rabo floripondiado y galeador a todo lo que se dice.

—Contesta más, mal contesta. Sé contestón—aconseja en el quicio de la puerta, parapateado con esa gallardía de Q que lleva pendiente su chiva.

Lo que no dijo y lo que tenemos presente de él y algo que no escribió y que es lo que es ya más presente en nosotros, es lo que ofreció a los lectores que lo leerían alguna vez y en los que no le leerían nunca.

Esa obra es como si en vez de su perilla de perillán viésemos en él una grande y ancha barba, la barba de tinta—tinta en rama—, pero de cuyas hebras se diluye y destríe una literatura agradable y tosca, unas novelas de títulos escabrosos: *Los senos de la cementeriada*, *Las garrapatas del diablo*, *La dilución de los letrados*, *La niña nublada*, etc., etc.

Quevedo sólo por sus obras completas—llamadas enfáticamente completas—no acaba de ser lo muchísimo que es por las otras, porque allí no está la historia del burro negro que se sienta a comer frente a nosotros cuando comemos solos o nos guardan la comida para dárnosla fría, ni el vulgar lector sabrá nunca en esas páginas requetepublicadas cómo el ciprés ama y enlaza por la cintura a la extraviada, ni el joven encontrará la amada fácil de su célebre novela *La desposada con el holgazán*, muchacha vestida con guardas de libro y sabrosa a guiso de patatas con pato.

Quevedo, por eso, es el terror de los bibliómanos, que no dan con esas obras carboneras, suegrales, terrorificaciones con

pelos y señales que nos esperan sentadas en el recibimiento cuando entramos en casa.

Suposiciones del vecino del caserón palaciego de al lado al que se le encienden al anochecido los dos candelabros que lleva en la cabeza, suposiciones verídicas de la bruja que sale del borrón caído, cosquillas de los ajos, abrazos sin nariz, enconos de vino sonando a borrachera.

Mucho dijo Don Quevedo, pero se le supone mucho más de lo que dijo y de lo que pudo decir.

Alborotó la seriedad de los reunidos y se sabe que lanzó palabrotas a vengá lo que viniere.

Se le busca y se le invoca como antídoto de todas las tonterías y prevenciones.

Es el desprejuiciado y el desprejuiciador.

Y basta hacer en el aire la señal de Quevedo, el dibujo de unos anteojos, para que algo sórdido, embotador y matalón quede conjurado.

